

Capítulo VII

Seguiré viviendo en vos...



La relación con mi padre siempre había sido ambivalente. Amarlo o rechazarlo, dependía demasiado del momento. Quizás porque nunca logré entenderlo demasiado. Quizás porque quedaron demasiadas preguntas por hacer y responder.

Los grandes repetían que mi padre, al ser hombre, no tenía culpa en mi desgracia; que la culpa siempre es de la mujer. ¿Por qué lo repetían tanto? ¿Acaso por no estar totalmente convencidos?

Fuese como fuese, a sus treinta y seis años de edad, conservaba el aura de invencible atleta, el poderoso inmune a los peligros, el que conocía mundo y sabía vestir con elegancia. En el fondo, me sentía felizmente orgulloso de que él fuera mi padre.

Había fumado cinco paquetes de cigarrillos por día durante muchos años y un dolor en la boca del estómago, interpretado como úlcera, lo perseguía desde otros tantos años.

Un día me enteré que fue operado y pedía que viajase a verlo. Lo encontré en un lecho de hospital, terriblemente adelgazado después de casi un año de no verlo. Sus ojos hundidos y su cara afilada me impactaron y asustaron, al punto de no poder reconocerlo.

Siempre él había visto mi alegría de recibirlo después de mucho tiempo. Hoy se alegraba él, por ser yo quien llegaba. Había soñado ser, de grande, un piloto de avión, para viajar y estar muy cerca de su vida.

Colgado entre los sueros, las sondas y las vendas, él me explicaba y consolaba. El resto de la sala, familiares y pacientes, nos miraban; al darme cuenta, me puse colorado de vergüenza y traté de reprimir mis lagrimas, al ver “*mi roca de apoyo*” en ese estado.

Me convenció de que su úlcera lo tenía a mal traer y que simplemente se internó, para darle una solución de fondo. Mi conclusión fue que era un traspie, del cual se repondría pronto. Quería creerlo, porque necesitaba que así fuera.

En mi casa nuevamente algo llamaba la atención. Charlas, charlas y más charlas entre hermanos, hermanas, sobrinos y los padres de mi padre. Charlan todos, y yo, siempre aislado, nunca participo. ¿Qué pasa? Me lo pregunto a cada rato. Tengo catorce años y no me cuentan nada.

Me las ingenio para escucharlos a través de una puerta cerrada, y cuando comprendo el porqué de tanta charla, ingreso enojado a cuestionarlos

- *Estamos preocupados por tu padre* – responde con prudencia un tío.
- *¡Mi padre se va a curar!* – le contesto con desafiante desesperación.

- *Tu padre tiene cáncer. Cáncer de estomago y sin cura – me larga impiadosa tía Giolanda.*

Quedo abrumado. Respiro hondo y miro hacia abajo. El tiempo se detiene para siempre. Un antes y un después. Fue un rechazazo directo, en medio del estómago. A traición.

Mi padre viene con su nueva esposa a vivir en la casa de mi abuela. Necesita mucho apoyo, cuidado, protección y concreta ayuda económica. Gastó hasta el último peso en la bendita cirugía. Muchos amigos, pero a la hora del aporte concreto y solidario, nadie aparece. Comienzo a trabajar en un taller. Hace un mes, pronosticaron los médicos tan solo seis meses más de vida. Y ahora solo restan cinco. La Ciencia Médica reconoció su absoluta impotencia de curarlo.

Paradoja del destino: nunca estuve al lado de mi padre más de tres días seguidos, y eso, una sola vez al año. Ahora lo tengo todo el día y siempre disponible. *¿Cuánto debo odiar al cáncer que atacó a mi padre y cuanto agradecerle?* Me siento mal de hacerme esa pregunta.

Nos sentamos juntos en las noches de verano, en el jardín, mirando al cielo. Aprendí de él sobre la *Cruz del Sur* y que a cuatro ejes mayores, marca el *Polo Sur*. La *Osa Mayor*, la *Osa Menor* y las *tres Marías*; *Marte*, *Venus*, *Júpiter*, *Saturno* y toda la Constelación de la *Vía Láctea*. La velocidad de la luz, *Freud*, *Mahatma Ghandi*, Comunismo y como se calcula la altura de las nubes cuando hay relámpagos y truenos. Que hermoso e importante parecía el cielo por las noches. Y, sobre todo, tenía un papá para mi solo...

Nadie volvió a pegarme. Giolanda era toda dulzura y, además, se enemistó con la esposa de mi padre, por lo cual los cañones no apuntaban hacia mí.

Le conté de mi nueva amiga, y me daba consejos sobre la mujer. Cómo desarrollar musculatura en ciclismo, y me hablaba de dietas anabólicas; de un nuevo tipo de tablero de dibujo y diseñaba uno mejor. Y, sobre todo, tenía un hijo para él solo...

Hacíamos proyectos para después que se curase. Me resistía a aceptar que de noventa y un kilos "*sin un gramo de grasa*", solo pesara ahora, cuarenta y cinco apenas. La ropa holgada, le flameaba lentamente en lo que quedaba de su cuerpo.

El fin se acercaba. Comía gelatina para sentir el gusto, sabiendo que a los dos o tres minutos, la obstrucción en el esófago lo haría vomitar. Si algo tenía mayor consistencia que el agua, directamente no lo pasaba. Si veía a alguien comiendo por la tele, cerraba sus ojos y respiraba hondo. Yo trataba de hablarle de otras cosas...

Como estaba en vacaciones de la escuela, por la mañana yo trabajaba, y por la tarde, salía a entrenarme en ciclismo de ruta, en el camino de circunvalación, en las afueras de la ciudad. Escapaba a desafiarme a mí mismo. Trataba de no pensar. Desesperadamente.

En un cruce de rutas, divisé un camión con acoplado acercarse por la ruta perpendicular a mi trayecto. Nunca supe por qué, pero en vez de frenar aceleré de golpe, al tiempo que le propuse al mismo Dios que si pasaba antes que el camión, él no se llevaría a mi padre. Y me arriesgué. Y pasé.

El aire del camión sopló con fuerza a escasos centímetros detrás de mí, y hasta amagó tirarme hacia un costado. Un sonoro “*pelotudo*” se escuchó en la inmensidad del campo. El conductor del camión, por algunos segundos, pasó a integrar el drama de mi vida.

Era una especie de pacto con los dioses que intentaba, pero nunca lo comenté con nadie. ¿Acaso buscaba una forma oculta de suicidio? Creo que no, porque me puse feliz cuando triunfé y seguía estando ileso. El suicida solo busca el morir. Yo no.

¿Quería arriesgar mi propia vida, jugársela en un *mano a mano* a la mismísima Muerte, a cambio de la vida de mi padre?. O era una forma más de violencia que ejercía yo, contra mí mismo.

Luego, me interné más allá de los veinte metros prudenciales desde la costa del Paraná, para recorrer nadando dos kilómetros del río en corriente abajo. Varias veces lo había hecho. A la mitad del trayecto, había un remolino peligroso. Intentaría desafiarlo.

- *Si salgo con vida, mi padre se tiene que curar-* dije, mientras levantaba un puño amenazante contra el cielo.

Pero a los pocos metros antes del lugar, siento un calambre abdominal que me obliga a salir del agua. Me quedo triste y meditando: *¿La muerte me venció, aunque el verdadero duelo dentro del remolino no se hizo?*

Pasaron los meses, hasta que los vómitos en mi padre se hicieron totalmente incontrolables e insufribles. Él médico, llamado de urgencia a la una de la mañana de un día de semana, le indicó un anti - vomitivo endovenoso.

Salgo a buscar una farmacia de turno en bicicleta; pedaleo y pedaleo. Mi entrenamiento me da mucha velocidad y resistencia. Me prometo que mi padre debe sufrir lo menos posible. Cuanto antes la consiga, mejor. Un segundo menos que mi padre sufra, será un segundo menos de dolor en la vida de mi padre.

En la primer farmacia, no se consigue el inyectable. Tampoco en la segunda. Pero sí en la tercera. Con mi tesoro aferrado, parto raudo por una avenida de escaso tránsito a esa hora. Cruzo una avenida, cerrando los ojos. Y otra bocacalle, y otra, y otra. No voy a parar. Cueste lo que cueste.

Un auto se aproxima velozmente a una bocacalle; lo veo, pero ni por un instante dejo de pedalear; no aplico los frenos porque lo mío es importante, demasiado importante. Tengo que llegar lo antes posible. Estoy a metros del auto y no voy a frenar; tengo demasiada bronca para siquiera pensarlo. Después de todo, vengo por la derecha y tengo prioridad de paso...

En un chirrido en el que puede irse para siempre mi vida con sus sueños, frena el auto a tan solo medio metro de mi paso...

Le administran la ampolla y se tranquiliza; respira y respiro aliviado. Me quedo dormido en el suelo del patio, solo y en silencio. Mi bicicleta me abraza. Es la muda testigo de mis locuras y fantasías. Pero también sabe lo que siento por mi padre.

Mi padre entra en agonía y muere. Recién entonces me cuestiono haberme arriesgado hasta el borde mismo de la muerte.

Cuando lo beso, ya su cadáver esta frío. *Seguiré viviendo en vos*, me dijo antes de partir; me lo repito en silencio, a cada rato. Miro su cara dentro del cajón y parece en paz.

Le prometo en silencio que seré boxeador, como su sueño no cumplido, y que me levantaré en cada *round*, aunque me estén venciendo.

Y aunque el otro sea más grande... como la misma muerte.